

hicieron tal papel, que hoy nos avergonzamos de verlo tan cercano a nosotros y encajado en tan gran país como Francia. La carta de Zola al Presidente de la República (Félix Faure, entonces), publicada en «L'Aurore», conmovió a la opinión que estaba como adormecida y conforme con los veredictos. Aparecieron dos figuras dudosas: El teniente-coronel Henri, que se suicidó en prisión, y el noble (por sangre) comandante Esterhazy; una figura valiente y combatida sin piedad: la del teniente coronel Picquart.

De todo aquel proceso, repetido en años sucesivos, con idas y venidas del acusado desde la Guayana, con expulsión de la Legión de Honor y con la vuelta a condecorarlo, se deducen una serie de consecuencias bien tristes para los hombres. Y como no dejan de tener aplicación en los momentos actuales, bueno está recordar con un gesto de simpatía la figura del hombre tímido, adocenado, decente y cumplidor a quien los rencores y las manías políticas y sociales hicieron blanco de una serie de desgracias. La Gran Guerra fué el colmo de la rehabilitación Dreyfus. Otro, a lo mejor culpable, no se hubiera ido a batir por un país que le produjo el tronzamiento de su vida.

Bueno sería leer el proceso Dreyfus otra vez y darse cuenta de a dónde pueden llevar las estupideces humanas elevadas a la enésima potencia por una máscara de prejuicios patrióticos, raciales, políticos o religiosos.

El diario de Middleton Murry

□ Todo libro de confesiones produce escándalo. Tanto más cuanto más importante es el que confiesa y muchísimo más si el que confiesa da la impresión de hacerlo sinceramente. Ahora, la sensación de los círculos intelectuales ingleses, primero y de toda Europa después, es la publicación del Diario del gran crítico británico Middleton Murry, viudo de aquella gran escritora, tan mujer y tan escritora al mismo tiempo (difícil cosa), que se llamó Catalina Mansfield.

Middleton Murry empieza su libro con una confesión que sirve de punto de partida: la sinceridad. Y ésta no puede probarse sino con la lectura del libro, que da la impresión de verdad completa y valiente. No cree Murry que sus confesiones sean vergonzosas por la desnudez que suponen ante el mundo. Realmente convencido de que menos rubor da confesar ante el universo entero que ante un amigo, se decide bravamente. Cita unas palabras de Renán, en las cuales éste reconoce la inmensa utilidad literaria, social, filosófica y humana de semejantes *Diarios Intimos*. No porque se crea el autor que su vida interesa por ella misma a todos, que esto sería la más alta de las penderías y vanidades, sino por el aporte que hacen al estudio de la humanidad y por lo que significan como revelación de una parte interesante del mundo entero.

La vergüenza que pueda sentir Middleton Murry es muy relativa, si se considera que sus confesiones son la prueba de que ha luchado consigo mismo, que ha tenido derrotas en esta lucha. Desplazado por su nacimiento y educación, la primera guerra que tuvo que sostener consigo mismo fué ésta: la de tratar de hallarse una base que se daba cuenta no tenía. Envidiando a aquéllos que, quizás con menos talento que él, tenían una línea determinada y un cimiento certero, Murry trató de hallarse y desfalleció más de una vez. Esto es lo que confiesa, con una naturalidad pasmosa, por lo simpática y llena de valor, por lo que supone de llaneza de temperamento y de documento humano considerable.

Más luchas posteriores. La idea de que no cuajaba por hallarse quizás descentrado de un núcleo que, se le antojaba, le haría producir con certeza: París. Atravesar el Canal en unión de su esposa, Catalina Mansfield, establecerse a orillas del Sena y darse cuenta de que aquello era todo lo contrario. Volvió de París a Inglaterra sin un céntimo y más desilusionado que nunca . . .

Curioso como revelación documental, valioso como testi-

monio de nuestro tiempo, hecho con una penetración admirable, este libro es sin duda el más importante de su autor y uno de los retratos psicológicos más dignos de aprecio que se han hecho en esta década, tan propicia a las confesiones, epistolarios y recuerdos.

Cinema

□ «La Novia de Frankenstein» tiene una particularidad: la de hacer extraordinariamente simpático al Monstruo. La película es una repetición de los trucos medrosos (algunos muy buenos), que ya se habían visto en el primer Frankenstein. Ahora, lo principal que surge en esta obra es aquello: que en medio de una serie de gente detestable o tonta, hay un tipo lleno de simpatía. El Monstruo, al que si no le dispararan y no le gritaran cuando se acercaba, sería un caballero bastante feo, pero infeliz y buena persona.

□ «La Noche es Azul», tiene otra particularidad: la de que el público aun aguanta a Ramón Novarro y los directores se atreven a ponerlo a la vera de Evelyn Laye, por si acaso se salva, quizás. Novarro tuvo su época breve (allá por «El Prisionero de Zenda» y años, ¡ay! ya no muy cercanos). Hace tres años, poco más o menos, que está en una decadencia manifiesta. Enclenque, atomatado y con una vocecilla bastante desgraciada. Quizás se le pudiera aguantar en otros papeles. Pero de príncipe austríaco!... A este paso, veremos a Mae West en el papel de Hamlet y a Lewis Stone substituyendo a Shirley Temple. La señora Lawton (antes Evelyn Laye) tiene una voz deliciosa y es muy agradable de mirar. La música, graciosa, pegadiza.

□ «El enemigo público» es un excelente film. Su primer mérito es la magnífica representación de doble papel que hace ese gran actor que es Edward E. Robinson. La trama muy ingeniosa